

posesion del condado de Alava, cuyas fronteras solian invadir los árabes frecuentemente, y para mas asegurarlas encomendó Alfonso al conde Diego Rodriguez la fundacion del castillo y ciudad que con el nombre de Burgos habia de adquirir mas adelante tanta celebridad histórica ⁽¹⁾. Nada descuidaba el grande Alfonso, y preparándose en la paz para la guerra como previsor y prudente monarca, hizo construir en Asturias una línea de castillos ó palacios fortificados, ya en el litoral, como el de Gauzon que aun conserva hoy su nombre, fabricado sobre altas peñas á la orilla del mar cerca de Gijon, ya en el interior, como los de Gordon, Alba, Luna, Arbolio, Boides y Contrueces, que todos llegaron á tener importancia histórica (884).

Mas al tiempo que en tan útiles obras se ocupaba, fraguábanse contra él en su mismo reino conspiraciones inmerecidas é injustificables. La de Hano, magnate de Galicia, que intentaba asesinarle, fué oportunamente descubierta, condenado el autor á la horrible pena de ceguera, y confiscados sus bienes y adjudicados á la iglesia de Santiago. Al año siguiente (885) levantóse otro rebelde nombrado Hermenegildo: su muerte no impidió á su esposa Hiberia, muger resuelta y varonil, continuar al frente de los sublevados, que recibieron tambien el condigno castigo, y sus haciendas fueron igualmente á acrecer las rentas

(1) Chron. Burg.—Flores, Esp. Sagr. tom. 22.—Annal. Complut.

de la basilica compostelana. Y no tuvieron por fortuna otro éxito algunas conjuras que adelante se formaron, si se exceptúa la de sus propios hijos que á su tiempo habremos de referir. Necesitamos ahora volver al imperio árabe.

Abdallah ben Lopia habia vencido á sus dos tios Ismael y Fortun, retenia prisionero á uno de ellos, y habia llegado á formarse un estado en el Ebro superior. Mas como en su desvanecimiento hubiese negado la obediencia al emir, hallóse con dos poderosos soberanos por enemigos, el de Córdoba y el de Asturias, que no le dejaban reposar. Vióse, pues forzado, á solicitar con humillacion las mismas amistades de que antes orgullosa y deslealmente se apartára. Pedíasela con importunidad á Alfonso de Asturias, negábasela este con justo teson, y cuando el monje de Albelda acabó su crónica en 883 la terminó con estas palabras: «El susodicho Abdallah no cesa de enviar legados pidiendo á nuestro rey paz y gracia al mismo tiempo; pero todavía Dios sabe lo que será.» Infiérese no obstante que al fin la otorgaria el rey, puesto que no vuelve á hablarse de guerra entre los dos.

En este mismo año ofrecióse otra prueba de lo inextinguibles que eran los odios y las venganzas entre los musulmanes. Un hijo del rebelde Hafsun, llamado Caleb, sediento de vengar la muerte de su padre, descendió de las montañas de Jaca al frente de numerosos parciales, y por espacio de tres años hizo

por toda la izquierda del Ebro una guerra viva á las tropas del emir, derrotándolas en mas de una ocasion, y llegando á hacerse dueño de todo el pais oriental comprendido entre Zaragoza y la Marca franco-hispana, donde le daban el título del rey. Asi las cosas, ocurrió en Córdoba la muerte del emir Mohammed, que las crónicas musulmanas refieren de un modo esencialmente oriental. «Los mas grandes acaecimientos (dicen) como los mas leves, el hundimiento de una montaña como el movimiento y vida de una hoja de sauce, todo procede de la divina voluntad, y está escrito en la tabla de los eternos hados cómo y cuándo el soberano Señor lo quiere: asi fué que el rey Mohammed, hallándose sin dolencia alguna y recreándose en los huertos de su alcázar con sus vazires y familiares, le dijo Haxen ben Abdelaziz, walí de Jaen: ¡cuán feliz condicion la de los reyes! ¡para ellos solos es deliciosa la vida! para los demas hombres carece el mundo de atractivos: ¡qué jardines tan amenos! ¡qué magníficos alcázares! ¡y en ellos cuántas delicias y recreos! Pero la muerte tira la cuerda limitada por la mano del hado, y todo lo trastorna, y el poderoso príncipe acaba como el rústico labriego.» Mohammed le respondió: «La senda de la vida de los reyes está en apariencia llena de aromáticas flores, pero en realidad son rosas con agudas espinas; la muerte de las criaturas es obra de Dios, y principio de bienes inefables para los

«buenos: sin ella yo no seria ahora rey de España.» «Retiróse el rey á su estancia, y se reclinó á descansar, y le asaltó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo y ataja y corta los cuidados y vanas esperanzas humanas. Esto fué al ano checer del domingo 29 de la luna de Safar, año 273 (886 de J. C.), á los sesenta y cinco años de su edad, y treinta y cuatro y once meses de su reinado: «tuvo en diferentes mugeres cien hijos, y le sobrevivieron treinta y tres: fué de buenas costumbres, amigo de los sábios, honraba á los alimes, hafitzes ó tradicionistas, etc. (1)»

Sucedióle su hijo segundo, el infatigable guerrero Almondhir, reconocido tres años hacia sucesor del imperio. Mientras el nuevo emir acudió de Almería, donde se hallaba cuando murió su padre á tomar posesion del trono, el rebelde Caleb ben Hafsún se apoderaba de Zaragoza y Huesca, y juntando hasta diez mil caballos y contando con la proteccion de los cristianos de Toledo, marchó sobre esta ciudad, entró en ella, hízose proclamar rey, y tomó y guarneció los castillos de la ribera del Tajo. Asi el hijo del antiguo artesano de Ronda y del capitán de bandidos de Extremadura se veia dueño y señor, con título de rey, de la mayor parte de la España oriental y central, desafiando el poder de la corte de Córdo-

(1) Conde, cap. 57.

ba. A esta novedad congregó Almondhir todas las banderas de Andalucía y de Mérida, y envió delante á su primer ministro Haxem con un cuerpo de caballería escogida. Propúsole el astuto Ben Hafsún entregarle la ciudad y retirarse al oriente de España, con tal que le facilitase las acémilas y carros necesarios para trasportar sus enfermos, aprestos y provisiones, pues de otro modo no podría hacerlo sin causar extorsiones á los pueblos, añadiendo que habia venido engañado por los cristianos de Toledo y por los malos musulimes.

Parecióle bien á Haxem, y con deseo de evitar una guerra sangrienta y de éxito dudoso, lo avisó al emir inclinándole á aceptar la proposicion. «Miraos mucho, le contestó Almondhir, en fiaros de las ofertas *del astuto zorro de Ben Hafsún.*» Hablaba Almondhir como hombre escarmentado, pues no podia olvidar la tragedia de los campos de Alcañiz, en que la flor de los musulimes valencianos habia sido víctima de la falsía de Hafsún. No bastó esta prevencion á desengañar á Haxem: la proposicion fué aceptada, y las acémilas enviadas á Toledo con una parte de sus soldados. Dióse principio á cargar en ellas los enfermos y provisiones, y salió Ben Hafsún con algunas de sus tropas de Toledo. El ministro del emir dióse por posesionado de la ciudad, licenció sus banderas, dejó una corta guarnicion en Toledo, y se volvió á Córdoba. Pero Ben Hafsún, digno hijo de su

padre, y heredero de su doblez y de su perfidia como de su odio á los Omniadas de Córdoba, cargó entonces de improviso sobre los conductores de las acémilas, los degolló á todos sin dejar uno solo con vida, y volviendo á Toledo, donde habia dejado oculta una parte de sus tropas, de acuerdo con los parciales de aquella ciudad, ejecutó lo mismo con los soldados de Haxem, aseguró los fuertes del Tajo, y quedó campeando en todo el pais.

Cuando la nueva de esta catástrofe llegó á Córdoba, bramó de cólera Almondhir, y haciendo prender á Haxem, y llevado que fué á su presencia, «tú fuiste, le dijo, quien me aconsejó, tú el que ayudaste á la perfidia del rebelde, tú morirás hoy mismo para que aprendan otros en tí á ser mas cautos «y avisados.» Y sin tener en cuenta sus buenos y largos servicios, le mandó decapitar en el acto en el patio mismo del alcázar; y no satisfecho todavía, hizo encerrar en una torre y confiscar sus bienes á sus dos hijos Omar y Ahmed, walfes de Jaen y de Ubeda. Profundo sentimiento causó aquella muerte á todos los caballeros y gefes musulimes, porque era Haxem por sus altas prendas querido de todos (1).

Hecho esto reunió de nuevo sus banderas, y partió él mismo á Toledo con su guardia, llevando

(1) Conde, cap. 58.

consigo á su hermano Abdallah, el mas esforzado, dicen, y el mas sábio de todos los hijos de Mohammed. A él encomendó el sitio de Toledo, y él se dedicó á la persecución de los rebeldes y sus auxiliares con un cuerpo volante de caballería escogida. Mas de un año pasó sosteniendo diarias escaramuzas y reencuentros con partidas rebeldes, en que logró algunas parciales ventajas. Un dia recorriendo el pais con algunas compañías de sus mas bravos caballeros, descubrieron en las cercanías de Huete numerosas tropas enemigas. Almondhir, dejándose llevar de su natural ardor, y sin reparar ni en el número ni en la ventajosa posición de los contrarios, los acometió con su acostumbrado arrojo, y aun los hizo al pronto cesar. Mas luego repuestos circundaron por todas partes á los caballeros andaluces, que envueltos en una nube de lanzas perecieron todos, incluso el mismo Almondhir, que cayó acribillado de heridas. Asi acabó el valeroso Almondhir Abu Alhakem en el segundo año de su reinado. Fué su muerte en fin de la luna de Safar, año 275 (888), y reinó dos años menos unos dias. Era Almondhir valeroso guerrero, sereno en las batallas, en extremo frugal: en sus vestidos, armas y mantenimiento no se diferenciaba de otros caudillos inferiores, y su tienda solo se distinguía por la bandera de las de otros walfes.

Abdallah su hermano partió inmediatamente para Córdoba. Encontró ya el mejuar reunido para delibe-

rar sobre la elección de emir. Entró Abdallah en el consejo; á su presencia levantáronse todos, y unánimemente le proclamaron emir de España sin restricciones ni reservas: nuevo testimonio de la libertad electiva que conservaban los árabes, puesto que Almondhir habia dejado hijos, aunque jóvenes. Inauguró Abdallah su gobierno mandando restituir la libertad y la hacienda á Omar y Ahmed, y llevando mas adelante su generosidad, repuso á Omar en el cargo de walf de Jaen, y nombró á Ahmed capitán de su guardia. Tan noble comportamiento le grangeó el afecto y los aplausos del pueblo, pero disgustó á los príncipes de su familia, y muy particularmente á su hijo Mohammed, walf de Sevilla, resentido de Omar y Ahmed por cosas de amoríos y galanteos juveniles. Preparábase Abdallah á partir á Toledo para proseguir la guerra contra el pertinaz Ben Hafsún, cuando recibió aviso de haberse levantado ya en Sevilla su hijo Mohammed, en union con sus dos tíos, hermanos del emir, Alkacim y Alasbag, apoyados por los alcaldes de Lucena, de Estepa, de Archidona, de Ronda y de todos los de la provincia de Granada. El nuevo emir, sin mostrarse por eso turbado, encargó á su hijo Abderrahmán que negociase por prudentes medios la sumisión de su hermano y de sus tíos, y él se encaminó á Toledo, considerando siempre como el enemigo mas temible al hijo de Hafsún.

Comienza aquí una madeja de guerras y sedicio-

nes en todos los ángulos del imperio hispano-muslímico, una complicación tal de escisiones y luchas entre las diferentes razas y tribus y entre los príncipes de una misma familia, que el mediodía y centro de España semejan un horno en que hierven las rivalidades, los odios, los celos, los elementos todos que anuncian el fraccionamiento á que está llamado el imperio árabe antes de su destrucción.

No había llegado Abdallah á dar vista á Toledo, cuando le fueron noticiadas dos nuevas insurrecciones, en Lisboa la una, en Mérida la otra. Para sofocar la primera envió con una flota equipada en Andalucía al vazzir Abu Otman. A reprimir la segunda marchó él en persona con cuarenta mil hombres. El rebelde cadí de Mérida Suleiman ben Anís se echó á los pies del emir, y puso su cabeza sobre la tierra, dice la crónica. Abdallah le otorgó perdón en gracia de su talento y juventud, y en consideración á los servicios de su padre. Seguidamente volvió á Toledo, donde se empeñó en una serie de parciales combates con el sagaz ben Hafsún. Entretanto las gestiones amistosas de Abderrahman con su hermano y tíos habían sido de todo punto infructuosas. Mohammed ni siquiera se dignaba contestar á las atentas cartas de su hermano. Antes bien había atizado el fuego por los distritos de Granada y de Jaén, y los walíes puestos por el emir, reducidos á sus fortalezas, se veían aislados en medio de la general conflagración. Ben Haf-

sún no se descuidaba en añadir leña al fuego, y enviaba al valiente Obeidalah ben Omiad á impulsar y organizar las masas rebeldes que infestaban aquella tierra. Hasta las tribus semi-nómadas de los oscuros valles de la Alpujarra abandonaban sus rústicas guaridas para engrosar las filas de unos y otros combatientes. No quedó quien labrara los campos, ni se pensaba sino en pelear. No había rincón de Andalucía en que no ardiera la guerra civil.

Necesitábase todo el corazón de Abdallah, necesitábase un ánimo tan levantado y firme como el suyo para no abatirse ante tal estado de cosas. Hasta en la capital misma fermentaba el espíritu de sedición, temíase un golpe de mano de Mohammed, y por consejo de Abderrahman tuvo que acudir su padre con preferencia á preservar la capital, sin que otra noticia satisfactoria en medio de tantos disgustos recibiera que la de haber vencido Abu Otman al rebelde walí de Lisboa y á sus secuaces, de cuyo triunfo recibió el parte oficial que acostumbraban á enviar los árabes, á saber, las cabezas cortadas de los sublevados. En cambio el agente de Ben Hafsún, Obeidalah, se había unido con Suar, que mandaba siete mil rebeldes, y con Aben Suquela, que tenía á sueldo seis mil hombres, árabes y cristianos. El caudillo imperial Abdel Gafir había sido derrotado, cautivado él y sus mejores oficiales, y encerrados en las fortalezas de Granada. Con esto se extendieron los rebeldes por todo el país, ocu-

pando á Jaen, Huescar, Baza, Guadix, Archidona y toda la tierra de Elvira hasta Calatrava, apoyados en una imponente línea de fortificaciones (889).

Desesperado salió ya Abdallah de Córdoba con la caballería de su guardia, jurando, dice el historiador de los Omniadas, no volver hasta exterminar aquellas taifas de bandidos. Con esta resolución se entró por tierra de Jaen, y avanzó hasta la Vega de Granada (890). Saliéronle al encuentro Suar y Aben Suqela apoyados en Sierra Elvira: brava y recia fué la pelea; doce mil rebeldes perecieron, entre ellos el caudillo Aben Suqela: Suar cayó herido del caballo, cogiéronle unos soldados del emir, y presentáronle á Abdallah, que en el momento le hizo decapitar ⁽¹⁾. No se desanimaron los rebeldes con tan rudo golpe; pero tuvieron el mal tacto de elegir por caudillo á Zaide, hermano del poeta guerrero Suleiman, guerrero y poeta él también, que mas arrojado que prudente cometió la temeridad de salir de Granada, cruzar la Vega y provocar á las tropas del emir en los campos de Loja, precisamente donde podía maniobrar la ca-

(1) El poeta Suleiman que seguía á los rebeldes y había celebrado los anteriores triunfos de Suar, dedicó á su muerte estos sentidos versos.

De Suar se quedó la espada—en esa de Sierra Elvira,
La espada que á las hermosas—de tristes lutos vestía,
La que de mortales ansias—daba copas repetidas,
Y de una misma brindaba—á gente noble y baldía.....

Conde, cap. 62.

ballería real: de modo que fueron pronto lastimosamente alanceados sus peones y regados con su sangre aquellos hermosos campos. El mismo Zaide, despues de haber hundido su lanza en muchos pechos enemigos, tuvo al fin que rendirse. Abdallah, faltando á su natural generosidad, ordenó con la crueldad de la desesperacion que un verdugo le abrasase los ojos con un hierro candente, y despues de tres dias de agudísimos dolores y tormentos mandó que le cortáran la cabeza. Por resultado de esta campaña las tropas del emir ocuparon á Jaen, y recobraron á Granada, Elvira y muchos de los torreones alzados en las llanuras del Darro y del Genil ⁽¹⁾.

Los restos de las destrozadas huestes se retiraron á la Alpujarra, donde aclamaron por gefe á un ilustre persa, señor de Medina Alhama de Almería ⁽²⁾, llamado Mohammed ben Abdeha ben Abdelathif, conocido en las historias granadinas por Azomor; el cual, mas cauto que sus antecesores, se limitó á guarnecer castillos, y á hacer desde las inaccesibles sierras de Granada, Antequera y Ronda la guerra de montaña tan propia para cansar y fatigar al enemigo. Así fué que Abdallah hubo de retirarse á Córdoba para no gastar en una guerra sin brillo las fuerzas que necesitaba para empresas mas urgentes.

Si próspera y feliz habia sido la campaña de El-

(1) Ben Alabar, Ben Hayan, in Casiri, tom. II.—Conde, c. 64 y sig.
(2) Alhama, baños: Medina Alhama, ciudad de los baños.

vira y de Jaen, no lo fué menos la de su hijo Abderrahman en Sevilla. En pocos dias quitó á su hermano esta ciudad y la de Carmona, y continuando su persecucion, y habiéndose empeñado á poca distancia de la primera una batalla en que pelearon de una y otra parte todos los mas nobles y principales caballeros de Andalucía, cayeron en poder de Abderrahman prisioneros y heridos su hermano Mohammed y su tio Alkasim. A ambos los hizo curar con esmero: á ambos los encerró en una torre de Sevilla, donde Alkasim vivió como olvidado, y donde Mohammed murió en 895, no sin sospechas de que su muerte hubiese sido mas violenta que natural. Lo cierto es que la voz popular designó á este infortunado príncipe con el dictado de *El Mactul*, que quiere decir el *asesinado*; y un niño que dejó de cuatro años llamado Abderrahman fué conocido siempre con el nombre de «el hijo de Mactul,» ó el *hijo del asesinado*. Este tierno huérfano habia de ser despues el mas ilustre de la esclarecida estirpe de los Omniadas.

Con esta felicidad se iba desembarazando Abdallah de aquel enjambre de rebeliones, no restándole al parecer mas enemigos musulmanes que Ben Hafsún y Azomor. Pero mil enconados odios quedaron por consecuencia de tan complicadas guerras y encontrados intereses. Retábanse entre sí los walíes y caudillos rivales, y se asesinaban en las calles mismas: asi por personales resentimientos veia el emir perecer no

pocos de sus mas bravos y útiles servidores. Otra calamidad vino por aquel tiempo á aumentar la turbacion en que se hallaba el imperio musulmico. Padeciósese en el año 285 de la hegira (897 de J. C.) tal esterilidad y carestía, y siguióse un hambre tan terrible, que al decir de las historias musulmanas, «los pobres se comian unos á otros; y la mortandad de la peste fué tal que se enterraban muchos en una misma sepultura, sin lavar los cadáveres y sin las oraciones prescritas por la religion, y no habia ya quien abriera sepulcros (1).»

Por fortuna de Abdallah, mientras devoraba sus dominios la llama de tantas guerras civiles, el rey Alfonso de Asturias observaba religiosamente la tregua y armisticio concertado en 883 con su padre Mohammed, y le dejó desembarazado para desenvolverse de tan complicadas sediciones y de tantos enemigos domésticos. Lejos de turbarse despues esta buena inteligencia entré el príncipe musulman y el cristiano, un suceso vino luego á estrecharla mas, y dió ocasion al Omniada para mostrar que sabia corresponder á la religiosidad con que Alfonso habia cumplido lo pactado, en unas circunstancias en que hubiera podido convertir las discordias intestinas del imperio sar-

(1) Conde, cap. 63.—La frecuencia con que las historias árabas nos hablan de años de esterilidad, de sequia, de hambres y pestes, de mortandades y estragos, nos permiten sospechar que haya en ello algo de hipérbole, pues de otro modo apenas se concibe cómo entre tan continuadas guerras y tan repetidas plagas no se despolbló muchas veces el imperio, y principalmente la Andalucía.